

SOPA DE LIBROS

Sagrario Pinto

El sueño de las cosas

Ilustraciones
de Daniel Estandía



ANAYA



*Para la dinamización en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
que está a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Sagrario Pinto, 2023
© De las ilustraciones: Daniel Estandía, 2023
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2023
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

Primera edición, febrero 2023

Diseño: Manuel Estrada

ISBN: 978-84-143-3484-3
Depósito legal: M-29381-2022
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

SOPA DE LIBROS

Sagrario Pinto

El sueño de las cosas

ANAYA

Ilustraciones
de Daniel Estandía



*Para Angelines Pinto,
que nos dejó su mirada luminosa.*

EL TORNILLO

Yo era un pequeño tornillo, tan diminuto e insignificante que nadie parecía tenerme en cuenta. Sujetaba la patilla derecha de las gafas de Juanita, una niña de ocho años que no paraba quieta ni un solo momento. La verdad es que ya estaba harto de ir de un sitio para otro sin que nadie me pidiese opinión. Una tarde de primavera, mientras me paseaban por el parque de Berlín, tomé la decisión más importante de mi vida: decidí marcharme.

«¡Ahora!», me dije dando un enorme salto. Entonces, la patilla derecha de las gafas de Juanita, que nunca me había dirigido la palabra, salió corriendo detrás de mí. El resto de las gafas se quedó con un

palmo de narices, a punto de saltar también, cuando la niña, que no estaba dispuesta a que se le volviesen a romper los cristales, se guardó las gafas en el bolsillo de la chaqueta.

A la patilla y a mí no pudo atraparnos. Rodamos por una pendiente y fuimos a caer a los pies de una escultura de piedra de un piano. Rápidamente me oculté entre la hierba mientras pensaba hacia dónde dirigirme. La patilla me miraba fijamente, pero seguía sin hablarme.

En ese momento llegó un perro, un mestizo de *yorkshire* y *teckel*. Yo le conocía de vista porque era uno de esos perros que se ponen muy chulitos cuando van con su amo, y que ladran sin ton ni son cuando menos te lo esperas. A mí no me vio, pero al descubrir la patilla, movió su rabito, como hacen los perros cuando están contentos, y se la llevó sujeta entre los dientes. ¡Acababa de encontrar una joya!

Al principio, al verme sin la patilla, que me había acompañado durante tanto tiempo, me sentí libre: solo ante la inmensidad



del parque, de la ciudad, del mundo...
¡Ahora comenzaba mi aventura!

«¡Que se busque la vida!», pensé. Pero lo cierto es que me remordía la conciencia. La patilla me había seguido y eso significaba que confiaba en mí. Tomé impulso y rodé detrás de ellos.

El perro se paró delante de un grupo de niños que jugaban al fútbol. Sin duda, quería enseñarles su trofeo. Al verle, uno de ellos dijo:



—¡Pancho, deja de coger porquerías!

A Pancho le gustaba la patilla de color amarillo brillante, pero le gustaba más jugar al fútbol. La soltó y se puso a dar brincos alrededor del balón.

Me pareció ver que la patilla lloraba. Entonces, por fin, se decidió a hablarme:

—¿Tú crees que yo soy una porquería?
—me preguntó.

10

—¡Claro que no! —la consolé—. Eres una patilla luminosa.

Me gustaba mucho la palabra *luminosa*. Se la había oído decir a Patricia, la profesora de Juanita, y ahora yo la repetía como si compartiese un tesoro.

—¡Pero escóndete! —le dije—, quizás no deberías haberme seguido. Yo puedo ocultarme fácilmente, pero a ti se te ve demasiado.

Aún no había terminado de decir la última palabra cuando sentí un chorro de agua fría que casi me ahoga. ¡El jardinero había comenzado a regar!

Entonces fue ella quien tomó la iniciativa.

—¡Sígueme! —me pidió—. Acabo de ver el papel de una chocolatina con el que nos podemos secar.

Era un papel dorado. Yo me sequé rápidamente. La patilla se envolvió en él como si fuese un albornoz. ¡Parecía un bastoncillo de Navidad! ¡Estaba preciosa! Me hubiese gustado tener un espejo para que pudiera verse. ¡Nadie se atrevería a decir que era una porquería!

—¡Vamos hasta el estanque! —le dije—. Quiero que te mires en el agua. Quiero que veas lo guapa que estás.

Allí, a la orilla de aquel pequeño lago, por primera vez después de mucho tiempo, yo era feliz. La patilla brillaba como una estrella y sonreía. Cuando nos quisimos dar cuenta, estaba oscureciendo.

Decidimos que esa noche nos quedaríamos a dormir en el parque y a la mañana siguiente intentaríamos subir a un autobús que nos llevase a conocer otros lugares. Yo sabía que por allí cerca pasaba el 40 porque ese era el autobús que utilizaba Juanita cuando tenía que ir al dentista.

Nos tumbamos debajo de un banco.

—¡Buenas noches, tornillo! —me susurró la patilla.

—¡Buenas noches!

Entonces apareció Fito Sanz, un viejecito que iba a cambiar nuestro destino.

El hombre se sentó en el banco para atarse el cordón de uno de sus zapatos y...

12

—¡Hoy es mi día de suerte! —exclamó cogiendo a mi amiga—. A ver, a ver..., ¿qué tenemos aquí?

Creí que no me había visto, pero lo cierto es que me vio. No se cómo, pero me vio y sin pensárselo dos veces me guardó en un bolsillo junto a la patilla.

—Para algo me servirás —dijo.

Cuando llegamos a nuestro nuevo hogar, Fito vació los bolsillos de su chaqueta encima de la mesa.

¡Hay que ver todo lo que puede caber en un bolsillo! Del bolsillo derecho sacó: dos caramelos de eucalipto, un clip, una entrada de teatro, una notita con un número de teléfono, un billete de

cinco euros, un trocito de romero y un pañuelo de papel. Del otro bolsillo salimos la patilla y yo.

Aquel encuentro había alterado nuestros planes, aunque solo momentáneamente. Ahora nos encontrábamos en la cocina, pero en cuanto se hiciese de día pensábamos largarnos.

No nos dio tiempo. A la mañana siguiente, cuando apareció Fito, todavía estábamos durmiendo. Nos despertamos al oír las voces de la radio. ¡Era demasiado tarde!

Cuando terminó de desayunar, el viejecito salió de la cocina. Pero al poco tiempo regresó con un portafotos sin soporte, que enmarcaba la fotografía de unos recién casados. Debía de ser una foto de su boda.

—¡Pobre Marieta! —suspiró mirando la fotografía con ternura—. ¡No te tenías que haber muerto!

Después, cogió la patilla y la unió con un trozo de celo al marco de la foto. Era una buena idea, pero el marco no se sostenía de pie.

Me acerqué a la patilla y le dije:

—Cuando se dé cuenta de que tú no le sirves de soporte, te despegará del marco. Entonces salta por la ventana, corre todo lo que puedas y espérame en el parque.

Pero nada ocurrió como habíamos previsto, porque al ver que la patilla no se sujetaba con el celo, Fito se dio un golpecito en la frente y exclamó

—¡Qué tonto soy! ¿Para qué quiero este tornillo?

Os podéis imaginar lo que hizo conmigo. ¡Efectivamente, me atornilló a la patilla!

Ahora la patilla y yo estamos juntos encima de la mesilla del viejecito. La foto se mantiene vertical. Cada noche, antes de dormir, Fito sostiene la fotografía en sus manos. Le da un beso a su señora esposa y el beso llega hasta nosotros. ¡Nunca nadie nos había besado así!

A veces, la patilla y yo hemos sentido la tentación de marcharnos, pero cuando vemos a Fito y cómo mira la fotografía de su boda, no tenemos duda de que estamos en el lugar que nos corresponde: ¡El viejecito tiene una mirada luminosa!





A partir de 8 años

Un tornillo descarriado,
 un cubo de basura que sueña
 con cambiar de vida, un picaporte con
 un destino incierto, una cucharilla
 de café a la que le gusta el teatro,
 una tostadora que no es lo que parece
 o unos repartidores de sueños que se
 han quedado sin trabajo... son solo
 algunos de los protagonistas de estas
 historias llenas de fantasía.

